

PREFACIO

Un «thriller» sociológico

Normalmente, evocar la mundialización es hablar de finanzas, nueva economía o nuevas tecnologías. Si se trata de sus lugares más simbólicos, hay que remitirse a Wall Street, o en todo caso a la City, a la sede de alguna de las grandes instituciones internacionales (el Banco Mundial, el FMI) o a la de las multinacionales. Y si se trata de sus redes, hay que referirse a su flexibilidad, su reactividad inmediata y su omnipotencia por encima de los estados, de cuyo debilitamiento serían, sobre todo, causa de primer orden.

Con Alain Tarrius, nada de eso sucede: sus caminos no pasan por Nueva York, Washington, Londres o Tokio, y las redes de las que habla no son precisamente las que abarcan la *web* y la comunicación mediática instantánea. En este libro, verdadero *thriller* sociológico, la mundialización está ciertamente ahí, omnipresente. Pero no actúa por encima de los estados: más bien por debajo —en sus fallos, sus carencias, su impotencia. Es sin duda económica, pero procede en principio del establecimiento de un vínculo social que asocia agentes inesperados y concierne a tráfico intensos, cuyos

protagonistas poseen una profundidad humana que la investigación desvela mostrando su capacidad de construir nuevas culturas, formas de vida y modos de relación nuevos, que dibujan un paisaje sorprendente.

A partir de ahí, Alain Tarrius nos introduce en los ambientes donde se mezclan nacionalidades de todo tipo, argelinos y marroquíes, pero también italianos, turcos, polacos... Porque, a partir de Marsella y de los pueblos vecinos, se dibuja «un dispositivo comercial de tipo nómada y colonial, con vocación internacional ilimitada», cuya reconstrucción nos lleva a Tolón, Montpellier, Nimes o Perpinyà, pero también a Nápoles y a Sicilia, o hacia el norte, sobre todo a Bélgica, para terminar en Argelia, Marruecos, Túnez, Senegal y en «los pueblos del Río», y de todo el contorno del Mediterráneo.

España constituye uno de los ejes decisivos de esas ramificaciones, tanto sus ciudades como sus campos, que descubrimos tal como son y de un modo muy distinto a como los percibimos espontáneamente cuando visitamos ese país como turistas, o cuando lo atravesamos para llegar más al sur. Los nombres de Tarragona, Lleida, Girona, Barcelona, Alicante, Granada o Málaga no evocarán ya las mismas imágenes quien haya tenido la ocasión de leer a Tarrius, y de seguirlo a lo largo de visitas que, con toda seguridad, no encontrarían en las guías turísticas: con los emigrantes o con los gitanos; en los barrios populares o en los bazares de las afueras instalados cerca de las autopistas; en las chabolas de Andalucía, célebres tras los terribles actos de violencia racista de que fueron víctimas, en el año 2000, los trabajadores agrícolas marroquíes de El Ejido. La descripción alcanza aquí el punto álgido de ese libro de colores siempre intensos: prostitución albanesa miserable, chulos, obreros sobreexplo-

tados que buscan entender su situación a pesar de las condiciones en que se encuentran, camorras, etc.

La mundialización, un fenómeno cálido

A lo largo de una brillante investigación, retratos, relatos y descripciones dibujan con fuerza irresistible el universo inmenso, complejo y denso de la mundialización por abajo. En este lienzo gigantesco que reconstruye Alain Tarrius, el intercambio comercial tiene suma importancia, pero es imposible entenderlo sin introducir elementos culturales de todo tipo: el honor de unos y su palabra, el carácter mafioso de otros, y hasta su violencia; la presencia más bien destructora del islamismo radical; y, sobre todo, la capacidad que tienen los actores de esas redes para constituirse en sujetos de su existencia personal, darle sentido, controlar su propia trayectoria. La mundialización, desde ese momento, ya no se presenta como un fenómeno frío, cuyos éxitos y fracasos económicos basta seguir o cuyas consecuencias sociales basta denunciar. Es también un fenómeno cálido, que no debería ser reducido a los procesos de descomposición cultural y de refuerzo de las desigualdades sociales que generalmente se le imputan.

Alain Tarrius no nos somete en ningún momento a desarrollos abstractos que recargarían su discurso. Y, no obstante, ¡qué bella lección de sociología! Porque este libro, muy elaborado sin aparentarlo, aporta demostraciones sólidas, y la teoría está ahí, implícita, al servicio de una demostración cuya presentación ordena. Sería un grave error reducir la formidable investigación de Tarrius a un puro empirismo: en algunos puntos esenciales, nos enseña a pensar mejor o a pensar de otra manera.

Lo que aquí está en juego —lo he sugerido un poco antes— es, en principio una visión original y sugerente de la mundialización. Desde esta perspectiva, lo «global» es verdaderamente global, total, si queremos llamarlo así, porque no es meramente económico, sino a la vez social y cultural, incluso moral o ético. Es planetario y al mismo tiempo descifrable a escala local, que es donde los actores viven, se encuentran, se pierden o se construyen. Si el intercambio comercial es posible, subraya Alain Tarrius, es porque los actores inventan nuevas maneras de vivir y de relacionarse, porque manifiestan una capacidad inédita «de ser de aquí, de allá, de aquí y de allá a la vez». Se crea, en resumen, un nuevo nomadismo que diseña el contorno de los espacios comerciales en plena expansión.

En esta mundialización por abajo, en la que están en juego intereses económicos considerables, los conflictos son, sin embargo, graves. Enfrentan a actores a veces imprevistos: comerciantes de cualquier cosa, pero también «notarios informales» respetados por su capacidad de imponer las reglas del juego comercial, líderes religiosos más o menos corruptos, funcionarios sospechosos, intermediarios mafiosos. A decir verdad, todo se mezcla pero sin llegar a la indistinción, en esas redes por donde transitan bienes más o menos legales: electrodomésticos, piezas de recambio de vehículos, ropa (de marcas a veces falsificadas), quizá marihuana, pero también muchachas destinadas a la prostitución, por no hablar de la organización del trabajo clandestino o de los matrimonios concertados.

Poco concernida por las nuevas tecnologías y basada en una visión para nada banal de la nueva economía —la de un capitalismo nómada sostenido por innumerables «hormigas»—, la mundialización vista desde abajo es un uni-

verso desconcertante. El bien y el mal se codean en él en términos que no son ciertamente aquellos que nos muestran las *success stories* del mundo económico, de los escándalos bursátiles o de los cierres de fábricas. No hay duda de que, aplicados a otros espacios, empezando por los de las redes transfronterizas que operan entre México y los EE.UU., el método y la reflexión que Tarrius desarrolla en torno al Mediterráneo aportarían igualmente un esclarecimiento luminoso.

Una respuesta a las seductoras promesas de la República

Otro envite se desprende progresivamente de este estudio: la integración de los jóvenes surgidos de la inmigración. Porque cuando esos jóvenes tienen la ocasión o la voluntad de participar en las redes de las «hormigas» que tejen la mundialización por abajo, cuando llegan a desarrollar formas nómadas de intercambio —y por lo tanto de vínculo social—, se pone de manifiesto que disponen, en realidad, de muchas más posibilidades de construir su existencia, y de constituirse como sujetos, que aquellos que se encenegan en los barrios populares, tentados a veces por el odio o la violencia, encerrados en su pobreza e imbuidos de un machismo devastador, tanto los muchachos como las muchachas. Para esos jóvenes de los barrios populares, el discurso de la integración es un engaño, y la bella divisa de la República —Libertad, Igualdad, Fraternidad— suena como un conjunto de promesas encantadoras. Mejor es, parece decir Alain Tarrius, participar en la mundialización por abajo que esforzarse en integrarse en una sociedad excluyente, que es también una sociedad cerrada.

Destaquemos, en fin, la fecundidad del método concreto utilizado por el autor. Porque este libro es, en primer lugar, un fantástico trabajo de campo. Alain Tarrius es un observador infatigable. Sabe tomarse su tiempo para crear y luego mantener los contactos más diversos. Sus redes, su propio «tejido», son impresionantes. Un día le encontramos instalado en un puesto fronterizo donde cuenta pacientemente el paso de vehículos matriculados en África del Norte; al día siguiente dialoga largo y tendido con algunas madres de familia en un barrio popular de las afueras de Perpinyà. Unos días más tarde le vemos en un café de tertulios, donde consigue ser aceptado, si es que no ha sido admitido ya hace tiempo con total confianza y no se trate, para él, de una visita rutinaria. Podemos verlo también en el seno de una familia marroquí, que es evidente que le conoce y habla con él desde hace años.

Hacer visible lo invisible: Tarrius, artista de la observación

Alain Tarrius adapta realmente el método de la observación participante a su terreno —vasto, móvil, nómada—, pero que supone también la existencia de numerosos puntos fijos. Hay que subrayar este hecho: la mayoría de las veces, en efecto, desde que los sociólogos lo tomaron de la antropología, este procedimiento consiste en situarse en un lugar determinado, en el corazón de la población estudiada, con el objetivo de participar de su experiencia, instalándose por ejemplo en el fondo de un taller para conocer, casi desde dentro, la condición obrera. ¿Acaso no es este el modelo de la célebre investigación de William Foot Whyte, que se fue

--

a vivir a un barrio popular de Boston y acabó demostrando, para descrédito de los sociólogos de la Escuela de Chicago que formaban el tribunal de su tesis, que ese barrio lleno de inmigrantes italianos constituía no un lugar de desorganización social, sino un espacio vivo donde la pobreza no impedía la acción?¹

Pero como se trata de estudiar las redes donde el nomadismo desempeña un papel considerable, el observador debe ser, también él, viajero. «Nómada del tiempo presente», según la expresión de Alberto Melucci, necesita penetrar en su «terreno» e instalarse en él y, a la vez, desplazarse por él permanentemente. Hay que saber, pues, que ese libro es el resultado de largos años de una sociología nómada, en cuyo transcurso el autor ha tenido que moverse muchísimo, establecerse a veces por largo tiempo aquí o allá, desaparecer y reaparecer en el momento preciso en centenares de sitios distintos, sin resignarse jamás a reducir el contacto con los actores a intercambios rápidos y superficiales. Alain Tarrus es un artista de la observación. El resultado nos lo ofrece a lo largo de las páginas, siempre convincentes, de esta obra.

Doctos profesores preguntan a veces: ¿para qué sirve la sociología? Alain Tarrus —que, por descontado, es también un excelente profesor, apreciado por sus compañeros de trabajo y sus alumnos de Toulouse— nos proporciona una respuesta sencilla y clara: para conocer el mundo en que vivi-

1. La traducción castellana de *Street Corner Society* (trad. cast., *La sociedad de las esquinas*, Diana, México, 1971), contiene un epílogo de William Foot Whyte, que aporta importantes precisiones sobre el método de la observación participante: «Sobre la evolución de la “Sociedad de las esquinas”».

mos, para rechazar ideas falsas o ligeras, para hacer visible lo invisible, o lo que no queremos ver, para crear condiciones para la reflexión y la objetividad. Él lo hace con un estilo verdaderamente acertado, con una profunda empatía con los actores que estudia y sin caer jamás en la demagogia.

Sigámosle por los arcanos de esta mundialización por abajo: no lamentaremos haber hecho ese viaje.

Michel Wieviorka